

ESTAMOS EN GUERRA

Un toque de atención

Asumo que no estaríais comprando u hojeando un libro titulado *Cómo ganar la guerra cultural* si creyerais que «Dios está en su cielo, y que al mundo no le ocurre nada». Si os sorprende que os digan que toda nuestra civilización está en crisis, os doy la bienvenida de vuelta a la tierra y espero que hayáis disfrutado de unas bonitas vacaciones en la luna.

Muchas mentes parecen soñar despiertas. Sobre todo las de los llamados intelectuales, quienes deberían tener los ojos más abiertos, no menos. La mayoría forma parte de los suaves que conducen al suave. Después de toda una vida en el ámbito académico, he descubierto que solo es preciso un requisito para que alguien crea realmente cualquiera de las cien ideas más absurdas que pueda concebir un ser humano: debes ser un intelectual. Algunas ideas son tan ridículas que solo alguien con un doctorado puede creer en ellas.

Por ejemplo, mirad la revista *Time*. («¡Por favor!», dijo sabiamente Thoreau de una publicación de nom-

bre parecido, «No leáis el *Times*, leed la eternidad.») Un artículo de portada del *Time* de hace unos años giraba en torno a la cuestión «¿Por qué están mejorando las cosas?» ¿Por qué es tan buena la vida en la América de hoy en día? ¿Por qué todo el mundo está tan satisfecho y es tan optimista sobre la calidad de vida? Los autores jamás pusieron en tela de juicio la asunción; solo se preguntaban el por qué.

Resultó, tras la lectura del artículo, que cada uno de los aspectos de la vida que mencionaban, cada una de las razones por las que todo estaba mejorando cada vez más, eran económicas. La gente tiene más dinero. Punto. Fin de la discusión.

Excepto los pobres, claro. Pero ellos no cuentan porque no escriben la revista *Time*. Ni siquiera la leen.

Tengo una teoría sobre la revista *Time*: no es más que el *Playboy* con ropa. Para cierta clase de *playboy*, el mundo no es más que una casa de putas enorme; para otra, es una gran alcancía. Las cosas cada vez van mejor para ambos tipos de *playboys*.

Ese es el motivo por el que los estadounidenses conceden un índice de aprobación del 75 por ciento a Bill Clinton, la perfecta combinación de ambas clases de *playboy*. Él es feliz con sus putas, y nos hace felices con algunas alcancías. Le quisimos por la misma razón por la que los alemanes quisieron a Hitler cuando lo eligieron: «¡Es la economía, idiota!» Hitler les dio autopistas y Volkswagens, trabajo y vivienda. De hecho, Hitler efectuó el mayor milagro económico del siglo XX: de la ruina económica y militar, al

pleno empleo y al orgullo nacional en solo unos años. ¿Qué importa, siempre y cuando el emperador facilite pan y diversión? Las personas son cerdos, no santos; les encanta el agua sucia, no la santidad, ¿verdad? ¿O no?

Las guarradas sexuales y las económicas son gemelas, ya que las palabras «lujuria» y «codicia» son casi intercambiables. A decir verdad, Estados Unidos no reconoce la diferencia entre sexo y dinero. Trata al sexo igual que al dinero, porque lo utiliza a modo de instrumento de cambio; y trata al dinero igual que al sexo, porque espera que su dinero se quede preñado y se reproduzca.

No obstante, hay un pequeño problema con la filosofía porcina, y es sumamente práctico: la muerte. Tanto el sexo como el dinero resultan con frecuencia letales. Dos palabras lo demuestran: SIDA y suicidio.

La mayoría de estadounidenses son «sexualmente activos». (Junto a la tecnología, el eufemismo es nuestro mayor logro.) La mitad de las personas «sexualmente activas» tienen alguna enfermedad de transmisión sexual. Muchas de ellas son incurables. Algunas son fatídicas.

Sin duda, el suicidio es el índice de infelicidad más descarado que hay. Y este es casi siempre directamente proporcional a la riqueza. Cuanto más rico seáis, tú y tu país, más probable será que creas tan buena la vida que acabes por volarte los sesos. El suicidio entre adolescentes ha aumentado en un 5.000 por ciento desde los «días felices» de los años cin-

cuenta. Si el suicidio no es un índice de crisis, especialmente de la generación venidera, ¿qué lo es?

Pero hay otros suicidios además de esos. La mitad de los matrimonios se suicidan. Eso es el divorcio: el suicidio de la nueva «sola carne» constituida por el matrimonio. Si la mitad de los ciudadanos de un país se suicida, ¿pensaríais que ese país tiene por delante un futuro brillante o un presente feliz? Pero los ciudadanos de una nación no son simplemente individuos; también forman familias. Los individuos no constituyen los principales cimientos de una sociedad; las familias sí. Los individuos son los cimientos de las familias. De modo que la mitad de los nuevos ciudadanos estadounidenses se suicida.

Y si insistís en limitar los «nuevos ciudadanos» a los «niños individuales concebidos», las estadísticas no son mucho mejores. Un tercio de los niños estadounidenses son asesinados... por sus madres antes de nacer, utilizando curanderos a modo de sicarios.

¿Esto es un país feliz? ¿Esto es paz?

Conozco a un médico que pasó dos años en el Congo ganándose la confianza de una tribu agonizante que no confiaba en la gente de fuera (ya fueran blancos o negros) y cuyos miembros estaban muriendo a causa de una mala alimentación. El médico era nutricionista y les salvó la vida. Una vez que se enteraron de lo que había hecho, confiaron plenamente en él y le formularon todo tipo de preguntas sobre cómo era la vida en Occidente. Creyeron todas las cosas increíbles que él les contó, como volar a la luna y destruir ciuda-

des enteras con una sola bomba, pero hubo dos cosas que no llegaron realmente a entender. Una fue que en Occidente hubiera ateos; personas que no creen en ningún dios. («¿Están ciegos y sordos? ¿Nunca han contemplado una hoja o visto una catarata?») La otra fue que, en tan solo una nación (Estados Unidos), más de un millón de madres pagan cada año a los médicos para que maten a sus bebés antes de nacer. Su reacción ante semejante noticia fue la de ponerse a reír con nerviosismo —su forma avergonzada de ser educados—, suponiendo que era una broma. Sencillamente, no había lugar en sus mentes para un concepto como ese, y cada día esperaban que el médico les explicara en qué consistía el chiste.

Y nosotros llamamos «primitivos» a estas personas. La ironía es descomunal.

La madre Teresa dijo, con sencillez (todo lo que decía lo expresaba con sencillez): «Cuando una madre puede matar a su hijo, ¿qué queda por salvar de la civilización?» Chuck Colson ha dicho que es inminente una «nueva edad del oscurantismo». Se trata de una oscuridad que en sus inicios comenzó llamándose a sí misma «Ilustración», hace tres siglos. Y este mundo feliz ha resultado ser tan solo un viejo sueño cobarde.

Nos advirtieron. Tuvimos verdaderos profetas, no solo falsos: Kierkegaard, hace 150 años, en *La época presente*. Spengler, hace 85 años, en *La decadencia de Occidente*. Chesterton, que hace 75 años escribió que «la próxima gran herejía va a ser sencillamente un ataque a la moralidad, y en particular a la moralidad sexual